

**Palabras pronunciadas por el Dr. Germán Somolinos D'Ardois
en el acto de inauguración del Archivo Histórico de la Academia
Nacional de Medicina el día 2 de marzo de 1966**

ESTE ACTO que celebramos hoy, no es nuevo en la Academia. Si repasamos sus actas encontraremos que, por lo menos, cuatro o cinco veces se inauguró un nuevo local para conservar el Archivo Académico; sin embargo, en esta ocasión tiene mayor trascendencia que otras veces. Lo que hoy conservamos aquí es el fruto de cien años cumplidos de esfuerzo académico. En estas carpetas y en estos legajos están reunidos los documentos de una actividad que podemos considerar primordial para el desarrollo de la medicina mexicana.

Exceptuando el de la Escuela de Medicina, no hay archivo médico en la República que pueda compararse en valor documental y humano con éste, que aquí conservamos. Desgraciadamente no está todo lo completo que debería. Los mismos avatares e infortunios que sufrió la Academia en sus cien años de vida los padeció el Archivo, y mientras unas veces, las más, estuvo amorosamente cuidado y conservado, otras se hubo de ver lanzado a la Plazuela de Santo Domingo, tirado como papel inservible en el patio de la Facultad de Medicina, amontonado en el sótano de la casa de algún académico o perdido bajo la espesa capa de un polvo cuyos estratos se medían por lustros.

Hoy le estamos dando nuevo acomodo, y ojalá sea definitivo. La iniciativa de hace un par de años, llegó a convertirse en realidad bajo el impulso generoso de la actual Directiva y especialmente por la voluntad y tesón de su presidente Doctor Miguel Jiménez, capaz de haber sabido sortear dificultades y de conseguir los medios económicos para lograrlo. No está todavía en orden. Es mucha la labor de arreglo y catalogación y muy escaso el personal que debe realizarlo. Pero de todos modos, es ya una realidad cada día de mayor utilidad y prestigio para la institución.

No podemos olvidar en este acto a los viejos académicos que hicieron posible la creación de este archivo. El primero, de quien partió la orden de conservar los documentos fue el Doctor Miguel F. Jiménez, primer presidente me-

xicano de la Academia y a quien tocó la difícil tarea de saberla mantener en los difíciles días de su primera infancia. Sin embargo, la constancia de un archivo organizado y útil la encontramos años después cuando presidida la Academia por Lauro María Jiménez, toma su nombre y estructura definitivas, recibe el apoyo oficial y entra en lo que podríamos llamar mayoría de edad, allá por el año de 1873. Hasta entonces la labor organizadora fue obra de Hidalgo y Carpio, director de la *Gaceta Médica* y uno de los más activos académicos de la primera época.

Fallecido Hidalgo y Carpio, la labor de cuidar y conservar el Archivo, pasó, después de algunas vicisitudes, a las manos de Manuel Soriano. A él le somos deudores de que este valioso material haya llegado hasta nosotros. De su propia mano y letra están rotulados la mayoría de los legajos, él mismo se ocupó de mandar imprimir forros especiales, de la mas bella factura, para envolver los documentos, hizo legajos con títulos en piel repujada y dio orden y forma al Archivo durante más de treinta años, cuidándolo, formando libros de acuerdos, relaciones de miembros, colecciones de actas y en general le dio una estructura y organización, hoy anticuada, pero en su época moderna y eficaz.

Digno sucesor de Soriano fue Alfonso Pruneda, su amor por la Academia y su actividad no es necesario recordarla pues casi todos ustedes fueron testigos de ella. En sus manos el Archivo, entonces alojado en un local de la Escuela de Medicina, mantuvo el mismo nivel que desde tiempos anteriores se había logrado.

No quiero hacer más que una breve referencia a los dos graves ataques que sufrió esta documentación. Primero, en 1914, como consecuencia de la expulsión decretada por el Dr. Urrutia, estuvo almacenada en una bodega del Instituto Patológico. Y años más tarde, por una medida, tan inexplicable como la anterior, del Doctor Guillermo Parra, tuvo que ser alojada, con toda rapidez y en desorden en los sótanos de las casas de don Tomás Perrín y de Brioso Vasconcelos. En ambas ocasiones se perdieron documentos y se quebró el Archivo.

Finalmente, ya de nuestros días, quiero recordar entre los mantenedores de este acervo documental al Sr. Jorge López que desde hace muchos años lo viene cuidando con cariño casi paternal y al Dr. Francisco Fernández del Castillo que durante su larga gestión como secretario general supo mantener siempre este Archivo a la altura de la institución y a él se debe entre otras labores la creación de un índice de acuerdos y efemérides académicas elaborados sobre datos extraídos de esta documentación.

Cuando la Academia vino a este edificio que hoy ocupamos, el Archivo

histórico quedó en la vieja casona de la calle de Venezuela. Los locales que debían de contenerlo se hicieron estrechos. Se convirtió en una aglomeración de papeles polvorientos sin orden y sin posibilidad de consulta. Desde entonces se impuso la necesidad de esta obra que hoy inauguramos. En ella hemos tratado de que dentro de un ambiente que conserve la solemnidad académica —cada día, por desgracia más olvidada—, se reúnan, ordenados y limpios, los documentos de nuestra institución junto con algunos de los libros, cuadros y objetos que son orgullo de la Academia y en los cuales se encuentra la historia de su fecunda e ininterrumpida vida centenaria.

Sólo me resta agradecer en nombre de los académicos el apoyo que para esta obra, que aunque modesta salió cara, tuvo el Sr. Paul Antebí que, con su generosidad acostumbrada, sufragó casi enteramente los gastos de la instalación y a la actual Junta Directiva el entusiasmo y el esfuerzo para hacerla realidad.

A todos muchas gracias.